

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON ANTONIO PRAENA SEGURA

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA
COMO ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Y

CONTESTACIÓN

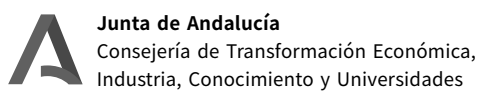
DE LA

ILMA. SRA. DOÑA AMELINA CORREA RAMÓN

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO
DE LA FACULTAD DE DERECHO
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EL DÍA 12 DE JUNIO DE 2023

GRANADA
MMXXIII

Esta publicación ha contado con una subvención
de la Consejería de Transformación Económica, Industria,
Conocimiento y Universidades de la Junta de Andalucía.



Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
Apartado de Correos 1013
18080 GRANADA
<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org/>
Imprime: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L., Granada
Depósito Legal: Gr/827-2023.

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON ANTONIO PRAENA SEGURA

Origen y destino de una poética teologal



Excmo. Sr. Presidente,
Excmas. e Ilmas. Sras. y Sres. Académicos,
Señoras y Señores,
amigas y amigos.

Aun cuando no sea universalmente compartida una interpretación lineal y ascendente de la historia, las palabras *origen* y *destino* resultan irrenunciables para la concepción occidental de la misma, entendiendo por ella la que surge del encuentro entre la visión progresiva del pensamiento hebreo, que parte del origen en la creación y avanza hasta su consumación escatológica, y la del pensamiento griego, de carácter más circular y en la que, a modo de Odisea, nuestro origen constituye el destino al que encaminamos la travesía de nuestra vida.

Por ello voy a construir este discurso sobre las palabras *origen* y *destino*. Me voy a conducir desde ellas pero, a la vez, voy a girar de manera espiral sobre las mismas. Por lo que la palabra *origen* equivaldrá en estos minutos a la ciudad de Granada, pero también a Valencia, y la palabra *destino* se va a corresponder en estas letras con la ciudad de Valencia, pero también con Granada.

Esta linealidad ascendente y espiral la voy a recorrer por tres veces esta tarde. La primera de ellas tendrá un carácter netamente biográfico. La segunda sobrevolará la poesía. La tercera pivotará en torno al origen y al destino desde una perspectiva teologal, entendiendo por teologal no una dimensión especulativa o teológica sobre Dios, sino moral, es decir: mística, ética y estética.

1. NUESTRA VIDA EN LOS OTROS: DOS HISTORIAS VALENCIANAS

Origen y destino son palabras que nos hablan de nacimiento y de muerte. Nací en un taxi camino de Granada capital —las cosas más raras me han sucedido siempre en taxis— y tengo ya sitio reservado en el panteón de los frailes dominicos de Valencia, bastante cerca, por cierto, de Nino Bravo (creo que vamos a divertirnos mucho allí, porque yo por las noches también canto). Pero volviendo al dato del taxi: no es de extrañar que vida, poesía y teología estén en mi caso claramente marcadas por el desplazamiento entre Valencia y Granada. Entre estas dos ciudades se extiende un verso de 496,2 kilómetros escrito en el babélico idioma de BlaBlaCar.

Así es que resulta inevitable advertir algunos antecedentes valencianos que, mirados a posteriori, parece que estaban ya dando pistas acerca de por dónde iban a ir las cosas.

La primera noticia de Valencia me llegó a través de la infancia de mi padre. Era él un niño muy pequeño cuando se presentó en Purullena, y no era la primera vez, un vendedor ambulante procedente de tierras levantinas. El mercader cambiaba naranjas por cualquier cosa que le ofrecieran. Así es que, aprovechando que estaba ausente, cogió mi padre las alpargatas de su padre y las intercambió por una naranja. Cuando mi abuelo intentó recobrar sus zapatillas, el comerciante estaba ya vaya usted a saber dónde.

Era la naranja un fruto tan exótico ypreciado por estas tierras, que alguna vez oí contar a mi madre cómo, por la fiesta de los Reyes Magos, había recibido como regalo extraordinario una naranja y una muñeca pintada cuyo cartón, para más desdicha, se deshizo con la lluvia.

El asunto no dejaría de ser anecdótico si no fuese porque era de Valencia precisamente de donde solían proceder productos extravagantes y relatos terribles. Valencia era sinónimo de fábulas y artilugios tan peligrosos como los cacharritos de feria, la pólvora o las historias de jóvenes arrebatados por la locura bajo el influjo de la luna llena.

La segunda historia valenciana tiene ya que ver conmigo y no es tragicómica. Mi primera maestra, esa que conforma en mi imaginario lo que la palabra *maestra* significa, procedía de Valencia y se llamaba Chelo. Tenía la señorita Chelo nariz grande, boca grande, y un cuerpo menudo que calzaba sandalias con calcetines. Ella me enseñó a leer y a escribir. Gané mi primer premio, un premio escolar, al ser el primero de la clase que leyó de corrido unas palabras que ella había escrito en la pizarra.

La señorita Chelo me recogía algunas mañanas en los trancos de mi abuela para ir juntos al colegio. Me hacía sentir un tipo elegido caminando a su lado. Su predilección supongo que hizo despertar en mí, para bien o para mal, el sentimiento de la diferencia. No sé qué dirán los sicólogos de hoy en día, pero sentirte especial para alguien en esos años incipientes de mi vida acabó levantando en mi interior una fortaleza en la que resistir cuando, en los tiempos venideros, el mismo sentimiento de diferencia frente a las costumbres del mundo no iba a ser precisamente cómodo.

La señorita Chelo permaneció muchos años en nuestro pueblo enseñando en improvisados locales que servían de aulas a la espera de construir un verdadero colegio. No sólo no estudié en un colegio elitista, sino que aprendí a leer en lugares tan provisionales que tampoco eran ni siquiera una escuela estable. Pero eso sí: tuve maestra y era

de Valencia, como las fugaces naranjas de mi padre y de mi madre. Esto que relato transcurre, además, en los años de la transición democrática. Por lo que estamos hablando no sólo de la ausencia de un espacio físico, unas aulas permanentes, sino también de un tiempo histórico estable.

Una mañana de junio Chelo nos dejó escrita en la pizarra su dirección postal. No volvió al final del último verano y supongo que esa fue mi primera despedida, aunque entonces yo no sabía el significado de la palabra despedida ni que aquellas letras en la pizarra eran una despedida.

Sus cartas de caligrafía impoluta, cartas que venían a mi nombre y que sólo yoabría, dejaban constancia de que el más originario de mis mundos pervivía en algún lugar lejano sencillamente por el hecho de que alguien se acordaba de mí, recibía mis palabras en hojas de libreta de dos rayas, y me enviaba su respuesta. Antes que para imaginar o levantar ficciones, la escritura, la remota procedencia de aquellas letras desde la Calle Fontanares, número 8, Valencia, era la prueba de un tiempo y una identidad aún no abolidos, precisamente porque alguien escribía cartas desde allí. La idea de origen se afianzaba en mí a través de la alteridad: un remitente que, desde un lugar aún desconocido, te escribía cartas a tu nombre y a tu dirección en un pueblo pobre de Granada.

La escritura se convertía en la revelación mediante la cual la vida de los otros te hablaba de tu vida. Alteridad y distancia, lejos de anular la propia identidad, la narraban y construían. En este panorama una cosa ya empezaba a estar clara: la escritura era el pábilo transversal sobre el que se encendían identidad, poesía, teología y destino.

2. UNA POÉTICA DE LA ALTERIDAD Y EL CAMINO

2.1. *La palabra de los otros*

Lo siguiente en aparecer, por tanto, debía de ser la poesía, pero no cualquier poesía, sino aquella que nace del otro y, en su forma y su misión, busca al otro: una poética de la alteridad.

Pido disculpas si estas palabras resultan demasiado autorreferenciales. Lo que en realidad intentan es recorrer el inextenso espacio de la creación literaria y, por tanto, más que por la propia historia, discurren por la existencia de los otros, pues un lugar en el mundo es, sobre todo, una forma de estar entre los otros.

Las manos de los otros escriben nuestro relato tanto o más que las nuestras. Aupándonos a la alegría o, en el caso contrario, contribuyendo a nuestra desgracia, nadie encuentra a solas su destino; es decir, su verdad. Es imposible. Lo hemos escuchado muchas veces: nos nacen, sí, nos nacen. Llegamos a un mundo ya habitado. Aprendemos a hablar y hablamos porque alguien nos ha hablado primero. Cantamos porque el mundo canta antes. Lo hemos escuchado, sí, y, sin embargo, más allá de esta obviedad, que es casi un lugar común, una poética de la alteridad es aquella que, además de elegir el camino de la donación y el encuentro con el diferente en las encrucijadas del lenguaje, nos desvela, a su vez, un secreto: escribimos para ser amados.

No nos referimos al hecho de buscar la aceptación incluso bajo la excusa de la donación literaria. Más bien apuntamos a la necesidad de consumir un encuentro, incluso en las páginas en las que, *sub contrario* —es decir,

—, la palabra busca alguien en quien alcanzar su sentido, ser pensada, ser tenida en cuenta más allá del acuerdo o del rechazo semántico, toda vez que en los vínculos sintácticos se ha logrado tender un puente, una unión comunicativa.

En la poética de la alteridad es un tú quien dialoga con un tú en el espacio del nosotros. Una forma de amor incluso cuando renuncia al amor.

Por otro lado, una poética nacida en y por la gracia del vosotros es aquella que da plenitud a las categorías de origen y destino entre las que transcurre la vida. En la alteridad poética se ve consumada la marca teológica judeocristiana según la cual la persona sólo puede alcanzar su plenitud y su redención en el encuentro comunicativo con el otro porque, en el principio, en su principio, proviene de la comunicación antecedente entre las personas divinas. Su destino relacional y comunicativo, es decir, su ser palabra poética para el otro, responde, por tanto, a su identidad radical: la imagen del Dios Trinitario, del Dios comunicación de personas del que procede y a cuya semejanza está creada y, por tanto, destinada.

Además, la alteridad hace que, afortunadamente, el yo poético pueda salvarse de la reducción a un yo enclaustrado, pues su genuina verdad es más una incitación de manos de los otros que una autocontemplación narcisista o un esteticismo estéril. Más que hablar desde sí, se mete en la piel de personajes, escenarios y lenguajes ajenos y hasta desaconsejables para habitar más intensamente la realidad.

2.2. *La condición exodal de la poesía*

Esta forma de entender el poema como palabra, forma y sentido desde y con el otro, no se fragua principalmente en la reflexión solitaria y abstracta. Antes bien, esta alteridad se le desvela a la persona del poeta en el camino y en la inserción en la cotidianidad.

Comunicación, alteridad y camino se implican mutuamente. No es casualidad que esta poética nazca en unas coordenadas exodales. Éxodo es salida de sí en busca de otra realidad cuyo margen de significación no nos es conocido de antemano. Cuando se alcanza la tierra prometida, se desvela la profundidad implícita en el punto de origen, pero también la necesidad del viaje mismo como intrínseco a la identidad. La identidad no sólo se desvela en el camino, sino que es el camino, el éxodo. Por ello, destino y poética se implican; destino y estilo se dan forma mutuamente.

Por lo que a mí respecta, tanto viaje desde el nacer mismo fue configurando la poética en la que creo, esa que hace de la transición su propio estilo de escritura y hasta casi su propio género. No hablamos de un viaje como mera movilidad, sino de un éxodo hermenéutico. En él, las palabras *origen* y *destino* —Granada y Valencia, por ejemplo— expresan, más que dos puntos fijos, dos gravedades, dos polos alternos cuya fuerza de emanación y de atracción hace nacer los poemas y en cuya tensa relación se genera la claridad que les otorga sentido y comunicabilidad.

Nacer en un taxi parece implicar una poética del camino. Fuera de la condición itinerante se nos cierra el poema. Para estar en poema hay que caminar desde él hacia él.

Frente a una apropiación estática de las cosas, ya desde el libro del Génesis se nos invita a una constante manifestación reveladora de las cosas en el movimiento de entrada y de salida de ellas. Esa llamada a salir de la tierra ocupada que recibió Abraham no es tanto un dato histórico puntual cuanto una vocación perpetua. Cada vez que el pueblo israelita se detenía y quería fijar en una imagen estable al Dios de la alianza, este Dios misterioso desaparecía, enmudecía.

2.3. De cómo en el destino nos aguarda el origen

La poesía, en este planteamiento exodal, se presenta como un significante que va encontrando y llamando a la existencia un significado que sólo ocurre en la medida en que se va expresando. Un camino que se abre sólo en la medida en que se va recorriendo creativamente.

Pasado, presente y futuro adquieren una admirable cohesión en estas coordenadas nómadas. En ese paradigma trashumante, cada aoristo se transforma en una forma de futuro. Precisamente por su carácter perfecto, acabado, nuestros aoristos son una meta volante. *Nací, amé, fui amado...*, son tiempo verbal tan terminado que se convierte en transitorio. *No supe, escuché, creí...*, determinan la futura dirección de unos pasos, es decir, unos versos por venir.

Si no fueran asunto de futuro, los aoristos, los pretéritos perfectos, no serían perfectos. Su conclusión permanece en cuanto aún alumbran. Al ser acabados, son constitutivos. En cuanto perfectos, perfeccionan. Su expresión de lo finito, su inserción irrevocable y no sujeta a modificación en el

entramado del poema, los convierte en faros permanentes, faros de luz o faros de sombra, cuya proyección no es eludible en el ejercicio del futuro, que es algo que siempre está empezando en el presente.

Lo que quiero decir es que el destino no es ciego. No hay un sino ineludible en la visión judeocristiana de la historia del hombre.

Lejos de afirmar que hay una predestinación forzosamente escrita para cada uno de nosotros, lo que la tradición judeocristiana quiere mostrar es que el destino no es un punto de conclusión.

Uno no acaba viviendo en un lugar, llámese Valencia, porque ha nacido en una ciudad, llámese Granada, en un tiempo determinado. No se trata de eso. No creo en la predestinación cósmica, sociológica o literaria. Ni tampoco, ni mucho menos, en una Providencia determinista. Es algo más profundo. Se acaba viviendo y escribiendo en el espacio donde la palabra originaria puede crecer y desplegar lo que en su origen ya era.

Lo que quiero decir es que la infancia —Rilke tenía en este sentido sólo un poco de razón— es no tanto la patria del hombre como patria para el hombre. La patria, el lugar de nuestros padres, es, en el sentido judeocristiano, una patria futura y tan móvil como lo fueron los pasos de nuestros padres.

2.4. Una poética de la esperanza

Una poética que nace no sólo en camino sino del camino y cuyo futuro es el camino, invita a preguntarnos qué anhelábamos y en qué nos hemos convertido. Estamos

hablando de poesía, porque se trata de un acto de creación reveladora en los límites del lenguaje.

El factor esperanza se manifiesta como esencial entre lo que no es todavía y lo que creativamente va siendo. Así nos lo enseña la teología del mismo Tomás de Aquino: la esperanza es creadora o no lo es, pues la diferencia entre espera y esperanza radica en que esta última no sólo aguarda, sino que construye lo que espera. Y ello ocurre mediante un acto de lenguaje, pues no hay esperanza tampoco en la oscuridad de la incomunicación, fuera del alumbramiento comunicativo.

El lenguaje es esperanza también en la expresión de la angustia. Como sugiere el poeta y artista polaco Cyprian Norwid, aun cuando explora los más oscuros y recónditos recovecos de la historia, el poeta se hace eco de una aspiración universal de salvación. Este acontecimiento está implícitamente transverberado por un empuje trascendente. La esperanza es esa fuerza por la que todo lo mundano nunca es sólo mundano, y todo lo divino se está abriendo en el mundo sin nunca acabarse de entregar. Es pujanza del absoluto en el mundo y de lo infinito en el tiempo. El misterio de lo divino acontece no sólo no desposeyendo a la realidad de su carácter real, sino perfeccionando y embelleciendo lo real. También en este sacramento poético podemos presentir el axioma tomista según el cual la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona. La fuerza de la divinidad no destruye la capacidad de la palabra humana, sino que plenifica desde dentro de ella sus propias posibilidades expresivas.

Para el poeta teologal, la esperanza es la virtud con que el alma es dada a luz a sí misma. Antes de ser humana, ya es divina. Lo infundado es aval y alimento de la liber-

tad creativa, vigor mediante el cual la criatura tiende a la plenitud desde la pequeñez y hasta desde la humillación. Se cumple aquí el canto del *Magnificat* (Lc 1, 48), esos versículos en los que María canta cómo el poderoso hace grandezas no sólo en la humildad de su esclava sino —y aquí lo admirable— con y por la humildad de una frágil palabra de su esclava: *fiat*, hágase.

Camino y lenguaje nos llevan, por tanto, a una dimensión teologal. Abordémosla pues.

3. UNA POÉTICA TEOLOGAL

Si, como afirma el teólogo Helmut Peukert comentando a Walter Benjamín, la esperanza y el anhelo de encuentro que están implícitos en cada acto de comunicación lingüística no ha de perderse en el vacío, si la comunicación debe realmente ser universal y debe incluir la solidaridad con los muertos —o, de lo contrario, no podría ser universal, pues el anhelo de comunicación de los muertos quedaría desterrado de este horizonte—, ello sólo es posible si Dios existe y si es el Dios que da la vida a los muertos.

3.1. *¿Qué significa poesía mística?*

En otros momentos de la historia era frecuente que religiosos, monjas y sacerdotes, cultivaran la literatura. De hecho, no podemos pensar la historia de la literatura española sin San Juan de la Cruz, Santa Teresa, los fray luises de Granada y de León, Calderón, Tirso, Góngora o Lope. Todos ellos eran religiosos.

Desde el siglo XIX no es así. Cultivar la literatura conlleva, más bien, ocultar u omitir la condición sacerdotal, al menos ante una mayoría de lectores para quienes la identidad creyente no es significativa y puede incluso resultar molesta.

Antes que para nadie, supone para el propio cristianismo, cuyo arte y literatura se han vuelto lánguidamente sentimentales y carentes de vigor, una auténtica desgracia. El papa Pablo VI tenía razón al señalar que la escisión entre el cristianismo y la cultura era uno de los signos dramáticos de nuestro tiempo. En mi caso resulta algo cómico, porque la poesía que he hecho se despliega desacomplejadamente por los escenarios de la posmodernidad y los lenguajes de un arte que para ciertos sectores católicos resultan claramente rechazables o impropios estilística y temáticamente hablando.

Si queda un puente que aún pueda despertar cierto interés entre ámbito religioso y ámbito no religioso, ese es el denominado puente místico. Pero, puesto ya esta tarde a resultar poco adulador, he de expresar que no todo lo que se llama místico es mística.

La mística es una unión profunda y personal con Dios. Al hombre posmoderno le atrae el misticismo porque lo hemos convertido en una forma de deseo, en una variante de la erótica. Ello al menos resulta preferible a esa versión de la mística que encontramos en ciertos manuales de autoayuda o esoterismo. Y es que el centro de la mística se nos resiste. Porque la mística es un encuentro y un compromiso amoroso con Dios otro. Está, por tanto, más cerca de la ética que de cualquier voluntad de asimilación estética posmoderna.

Exponerse a la mística, es decir, a este encuentro vivo de amor, supone dejarse transformar. La mística es una forma de solidaridad. La mística es arriesgada, porque no es posible unirse al Dios del éxodo y la esperanza del que hemos hablado y salir indemnes. Muchas formas de pseudomística se inclinan por un dios impersonal. Pero con la impersonal, siendo sinceros, nunca nos unimos. Sencillamente no es posible, porque la impersonal no conoce, no sufre. No me implica. No apela a mi libertad. No soy un tú para ella. Es decir, no puede compadecer conmigo ni comulgar con mi felicidad. A lo sumo, la impersonal es un desdoblamiento de uno mismo, un espejo a nuestra presuntuosa medida.

Por eso la mística no es fusión, y, mucho menos, confusión. La mística es unión y, por tanto, encuentro; un tú a tú que nos expone al riesgo de la diferencia y del fracaso de dos libertades en ejercicio, pero que supera el posible desencuentro precisamente porque integra la diferencia como requisito amoroso permanente. Y ello, igualmente, es un acto poético, porque conocimiento y amor lo son en la medida en que se expresan, que crean un lenguaje contra los límites del lenguaje.

Lejos de una teología de la impassibilidad de Dios, precisamente en la *passio*, pasión del Verbo, se ha mostrado su capacidad de desprenderse de su categoría estática para abrazar, en *kénosis*, es decir, en abajamiento, nuestra realidad más real. Ha dejado su empírea infabilidad para hacerse lenguaje amoroso solidario. Dos seres se entregan y se acogen mutuamente para hacer de esa entrega y acogida un lenguaje artístico desbordante, que no por ello incomprensible.

La mística o es humanizadora o no es. Y esto no es un sermón ajeno a la poesía; antes bien, toca de lleno la literatura. Una poética que necesite maquillar estéticamente la imperfección de lo humano, difícilmente será una poética mística. Una poética que se evade de las condiciones, esperanzas, fracasos, contradicciones y hasta escándalos de la historia, al dejar de ser humana, deja de ser unitiva para con el Dios misterio.

De alguna forma, la poesía mística es una poesía profundamente kenótica, capaz de expresar los naufragios y acoger a los naufragos de la historia. También los naufragios de nuestra deriva personal y hasta el naufrago que llegamos a ser en nuestra travesía. La poesía mística es la que abraza en lo pequeño, rechazado y pobre la grandeza de un Dios que igualmente se hace pequeño para abrazarnos a nosotros.

Por eso el movimiento kenótico del lenguaje, el descenso suyo a la realidad o, por decirlo llanamente, el realismo literario, es un camino profundamente poético, es decir, profundamente divino en lo que de encarnación redentora supone.

Sumergirse en las cumbres de la emoción y de la belleza es posible porque la emoción y la belleza ha descendido a nuestra acera. Ha asumido la pobreza de la carne y, por supuesto, su lenguaje. El Verbo habla en los verbos de los mercadillos, las salas de espera, los talleres de coches.

Jesús de Nazaret ilumina este misterio poético al ver en la oveja extraviada, la mujer que barre la casa, el grano de trigo quebrado, el hijo díscolo o el padre excesivamente blando, la belleza del Dios invisible, cuya intensidad sería también invisible sin el realismo desconchado de estas imágenes.

Si, siguiendo la teoría estética de Benedetto Croce, artista es aquel que ve más, aquel que ve aquello que los demás no ven precisamente en las cosas sin fulgor aparente, sin luz añadida, sin artificio pretencioso, entonces habremos de escuchar en lo radicalmente pobre una hondura mayor. La humildad de la cruz es el trono del poema.

El camino hacia la verdad pasa por la poética de lo fragmentario y lo insignificante, incluso de lo desfigurado, aquello y aquel ante, como en el pasaje de Isaías, se vuelve el rostro, pues resulta humanamente insoportable. El poema se revela entonces como acto de amor.

3.2. *Sacerdocio y poesía*

Hay algo en que coinciden sacerdocio y poesía. Es algo biográfico y etimológico a la vez. En griego se pronuncia *Eujaristia*. Se traduce en español por “dar gracias”. Ofrecer gracias es devolver, originalizada, la gracia recibida. Hay algo que une al poeta y al sacerdote: ambos existen para dar gracias.

Escribe el poeta para agradecer, aunque él no lo sepa. Escribir es restituir, enriquecido y diferente, lo que se ha recibido. La gratitud no es una consecuencia del poema, sino su fundamento. Creamos porque la palabra recibida nos convierte en creadores.

Se escribe poesía para dar las gracias de la misma manera que celebra el sacerdote la Acción de Gracias, es decir, la Eucaristía. Son la misma cosa en ámbitos de interpretación diferentes. Poema y sacerdocio se reclaman. Ser, darse y decir pueden llegar a exigirse internamente.

La luz poética es su propio arder. Alguien lo dijo mejor:
Tomad y comed, esto es mi cuerpo.

Nunca somos poetas, es decir, creadores, si no es de forma compartida. Hasta la tónica y manida soledad del poeta es una soledad en la que hay multitudes. Esto que estoy diciendo deberíamos acompañarlo de varios minutos de silencio a modo de paréntesis. Pero no disponemos ahora de esos minutos.

Lo dice mejor un poema ajeno —qué a propósito viene aquí que sean palabras ajenas las que transmitan mejor lo que uno intenta comunicar—; unos versos de Carmen Palomo Pinel: “Cómo restituir / o siquiera tentar saldar mi deuda / de aurora y ruiseñores. / De báculo en camino hecho de amor ajeno. / Sino en feliz entrega / el propio sueño en báculo, / en ruiseñor y aurora para otros. / Para que ellos se apoyen, contemplen e iluminen / a otros que, a su vez, / tampoco lograrán nunca / pagarles.”

4. CONCLUIR PARA EMPEZAR

Salir de sí, ponerse en marcha, caminar, no tener tierra propia y avanzar desde la raíz al destino y desde este al origen, son cosas que acaban constituyendo un estilo poético. La experiencia de provisionalidad, que en la perspectiva judeocristiana se manifiesta como una patria no circunscrita a las fronteras geográficas, es algo que genera confianza en el progreso. Un relato en progreso es revelador de lo eterno. Porque somos Ulises y somos Jesucristo.

Una poética de la sagrada itinerancia alcanza a descubrir en la horizontalidad la verticalidad. En la salida de lo

conocido, la entrada en el misterio del Dios misterioso. En lo cotidiano, lo extraordinario. En lo humilde, lo elevante. En lo despreciado, la dignidad.

Encarnación y revelación son acontecimientos simultáneos. Este misterio lo es sobre todo literariamente. El Verbo, como contenido, es el verbo en cuanto forma. El Jesús de los caminos de Galilea es el Jesucristo eterno. En su ética está su belleza. Nada bello lo es en él independientemente de su bondad.

Nací en un taxi. En un taxi recorrí, 47 años después, los 496,2 kilómetros que me separaban de la muerte de mi padre en el mismo lugar donde nació. Alguien que acude a la vida y a la muerte viajando en un taxi hace del viaje su propio poema. También Jesús nació viajando, y en lo provisional, más aún, en lo rechazado y marginal, en el no sitio de los no hoteles del siglo I, encendió para el mundo la luz del Verbo que era. Y ya veis, aquí sigue.



ANTONIO PRAENA
(Purullena, Granada, 1973)

Antonio Praena Segura, Doctor en Teología, es, desde el año 2001, profesor de la Facultad de Teología de Valencia. Igualmente imparte docencia en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Valencia (ISCR), así como en la sección española de DOMUNI Universitas. En el ámbito teológico, es autor de diversas monografías, así como de artículos especializados.

Su obra literaria comienza con el libro *Humo verde* (Accésit del Certamen de Poesía Iberoamericana Víctor Jara. Amarú ediciones, Salamanca 2003). Mediante un estilo entre simbolista y social, el poemario se adentra en la expresión de los conflictos bélicos centroeuropeos de finales del siglo XX. Con *Poemas para mi hermana*. (RIALP, Madrid 2007) obtuvo un Accésit del Premio Adonáis en 2006. La mirada poética se dirige ahora a la infancia y a la vida familiar a través de un estilo epistolar. A medida que avanza el libro los versos van cobrando un tono moral, a la vez que hacen presente la celebración de cuantas cosas confirman el sentido de la vida.

En el año 2011 el libro *Actos de amor* (Madrid 2011) será merecedor del Premio Nacional de Poesía José Hierro. El poemario se articula en cuatro partes correspondientes a los cuatro tipos de amor que el mundo heleno emplea para significar la riqueza de la experiencia amorosa y que han sido igualmente recogidos por la teología cristiana. *Yo he querido ser grúa muchas veces* (Visor. Madrid. 2ª Edición 2014) recibió el Premio Tiflos de Poesía en el año 2013. El equilibrio clásico da el salto a imágenes más inusuales

y contemporáneas cuyo denominador común es el aire. En sus versos conviven el mundo griego y el posmoderno, la teología y la laicidad, la espiritualidad y el arte contemporáneo. Será en el año 2017 cuando aparezca *Historia de una alma* (Visor. Madrid 2017). Galardonado con el Premio Jaime Gil de Biedma, este libro recibió también el Premio Andaluz de la Crítica en 2018 y el Premio de la Crítica Valenciana el mismo año. Se trata de una inclasificable fábula antiépica que recorre las contradicciones del Occidente posmoderno. A través de un personaje cuya doble moral no deja de provocar la reacción extrañada del lector, la crudeza de los poemas y la estructura del libro nos abre subrepticamente a la pregunta sobre la posibilidad del sentido, la trascendencia y la belleza en los albores del siglo XXI.

El último libro de poemas de Antonio Praena ha sido publicado en 2021 tras la concesión del Premio Emilio Alarcos del Principado de Asturias. La muerte de su amigo, con tan solo 48 años, en los meses más inciertos de la pandemia por la COVID-19, precipitó la escritura de *Cuerpos de Cristo* (Visor, 2021). Las circunstancias que motivan su publicación no hacen de este un libro elegíaco, sino una celebración de la amistad y la gratitud. La pérdida del amigo instala los poemas en la otredad. La poesía se convierte en un compromiso solidario con el resto de la humanidad. En sus páginas conviven sin estridencias Amy Winehouse y Santa Teresa, Dolores O'Riordan y San Juan de la Cruz, los gimnasios y los conventos, el lavatorio de pies y el hombre que orina sobre un valle, las dudas y la fe.

CONTESTACIÓN

DE LA

ILMA. SRA. DOÑA AMELINA CORREA RAMÓN



Excmo. Señor Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sras. y Sres. Académicos,
Señoras y señores:

El médico, filósofo y teólogo Albert Schweitzer afirmaba que “Lo mejor de las cosas es agradecer por todo. Aquel que haya aprendido esto sabe lo que significa vivir”. Y si algo tengo claro, por mis lecturas de la poesía de Antonio Praena, por mi fraternal conocimiento de su persona desde hace ya muchos años, y tras escuchar el discurso que nos acaba de regalar en esta cálida noche de junio, donde afirma manifiestamente que “Se escribe poesía para dar las gracias”, es que tiene perfectamente interiorizada esta reflexión del Premio Nobel, así como la máxima que guio su existencia, que no era otra que “Reverenciar la vida”.

Reverenciar la vida... Y reverenciar los orígenes. El escritor dominico nos relata en su texto las primeras señales que acerca de su destino valenciano parecieran irsele desvelando durante su infancia, alguna incluso transmitida por la memoria oral de sus padres, cuando en su Purullena natal las naranjas levantinas eran un fruto casi mágico y precioso. Girando al contrario del tiempo por la espiral iniciática a la que nuestro poeta y nuevo académico nos ha convidado con su texto, me detengo a mi vez en la niña que fui, y para quien el nombre de Purullena está asociado a tiempos muy remotos, y a unos pequeños cacharritos de cerámica artesanal que mi padre nos traía en ocasiones de sus viajes por esa zona de cuevas y muy antiguas raíces. En cuanto a Valencia, en mi memoria se vincula a una curiosa vivencia infantil: en el colegio donde cursaba EGB, la profesora —aunque no era la señorita Chelo de nuestro querido Antonio— nos propuso estudiar la riqueza y complejidad de España de una manera pedagógicamente

avanzada, y que vivimos conjuntamente con gran entusiasmo. Así, nos permitió organizarnos en grupos, asignando a cada uno una región. El experimento resultó genial, y cada semana esperábamos con anhelo el día de una exposición en la que se utilizaban amenos murales para explicar la historia, cultura y características de cada zona, se llevaban los platos gastronómicos para compartir con toda la clase, se cantaban canciones o se recitaban leyendas del folclore popular. E incluso se intentaban emular los trajes típicos, más con ingenio y habilidades manuales que con verdaderos recursos. A mi grupo nos correspondió lo que entonces se denominaba genéricamente Levante, pues incluía también Murcia. Y a mí... ¡me tocó nada menos que ingeniármelas para vestirme de pequeña fallera valenciana! Como entonces estábamos bien lejos de la época de absoluta sobreabundancia visual que hoy padecemos, excuso decir que, por desgracia, no conservamos ninguna imagen de semejante aventura, que hizo nuestras delicias, y, a la manera de Horacio, nos sirvió para aprender deleitándonos la geografía española.

Pero ascendiendo nuevamente la espiral hasta devolvernos al momento presente, Antonio Praena nos confronta en su discurso con una realidad que puede incluso tornarse incómoda en según qué esferas: la de que, si bien en otros tiempos resultaba no sólo frecuente, sino incluso abundante, la presencia de religiosos consagrados en el mundo de la literatura, hasta el punto de que algunos de nuestros mejores autores lo fueron, la contemporaneidad parece haber marcado como incompatible la simultaneidad de ambas vocaciones, o, al menos, se condena al sacerdote, a la monja, al fraile, a silenciar su condición si quiere ser tenido en cuenta en el mundo de las letras. Nuestro nuevo académico recuerda nombres, todos ellos de siglos pasados, como los de Calderón, Tirso, Lope de Vega, santa Teresa o san Juan de la Cruz, sin los que no

se podría entender nuestra historia literaria. No menciona, sin embargo, al señero sacerdote y poeta barroco Pedro Soto de Rojas, granadino y autor de un título que se ha venido considerando precisamente en buena medida definitorio del *alma* de la ciudad, como es *Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos* (1652).

Frente a Soto de Rojas, cualquiera que haya leído los versos de Antonio Praena se da cuenta de que, muy por el contrario, su concepción de la vida y de la poesía presupone más bien la apertura de todo posible muro a fin de que cualquier paraíso pueda ser siempre compartido. En esa línea, quizás podría hablarse en su caso de una poética de la alteridad, en el sentido de que siempre está a la escucha, a la atención, a la consideración del otro. De la alteridad y del éxodo, es decir, de la poesía como diálogo de integración y de la palabra poética como camino.

Esta poética de la alteridad y del éxodo nos permite, como clave hermenéutica, llevar a cabo un breve repaso por lo que ha sido hasta ahora su trayectoria: Antonio Praena se estrena en 2003 con un libro titulado *Humo verde*, Accésit del Premio Iberoamericano Víctor Jara, generado a partir de fotografías de la guerra de los Balcanes, y que nos presenta la voz poética de un soldado que elige el compromiso espiritual con sus semejantes frente a las armas. Tres años más tarde, *Poemas a mi hermana*, con el que obtuvo un accésit del Premio Adonais, vendría a ser una suerte de extensa carta fraternal. En este sentido, y dirigiéndose a su hermana, se recorre la infancia y el paisaje más personal a través de un tono epistolar que recorre todo el libro. El poeta parece sentir aquí la añoranza de otro tiempo, en el que “poco era preciso para ser / felices”. *Actos de amor*, Premio Nacional de Poesía José Hierro, 2011, nos entrega al Praena más esencial, que muestra en este caso su alteridad culturalista. El libro, dividido en cuatro partes,

supone una lograda incursión a través de las cuatro formas griegas de amor: *agapé*, el amor divino; *filía*, o la amistad; *eros*, el amor pasional; y *storgé*, la devoción familiar. Como bien sabe el propio Antonio, aquí se encuentra uno de mis poemas favoritos, el doble “I. Elegía” y “II. Responso”.

A continuación nos encontramos con *Yo he querido ser grúa muchas veces* (2013), cuyo título parece evocar la memoria de *El lenguaje perdido de las grúas*, de David Leavitt, con versos que constituyen, como bien dice Daniel J. Rodríguez, “un íntimo alegato del propio ser y del *ser el otro* que transforma al lector”. Por su parte, el multipremiado *Historia de un alma* (2017), de título carmelitano y homónimo al muy conocido de Teresa de Lisieux, es un libro valiente que nos sitúa abruptamente ante la aparente anulación del alma protagonista, perdida en la sobreabundancia de su cuerpo bulímico de excesos y lujos consumistas.

Por último, *Cuerpos de Cristo* (2020), Premio Emilio Alarcos, muestra una clave que se vuelve meridianamente clara conforme se avanza en su lectura, y es que todas las composiciones se adaptan y hablan a la persona a la que están dedicadas, constituyendo toda su segunda parte una especie diálogo mudo con el amigo cuya respuesta se espera más allá de la muerte.

En el Modernismo se sacralizó la poesía, y se elevó al poeta a la consideración de sacerdote, en íntima comunión con el Arte y la Belleza. Antonio Praena, sacerdote y poeta, es capaz de transmutar la oscuridad más honda en luz, de convertir el mayor desgarró en acto de amor. Él mismo afirma en su discurso: “Hay algo que une al poeta y al sacerdote: ambos existen para dar gracias”.

Gracias tenemos que darte ahora nosotros por haber aceptado nuestra invitación. Bienvenido, pues, Antonio Praena, a esta que desde ahora también es ya tu casa.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada
el 9 de junio del año 2023,
festividad de San Efrén de Siria,
diácono, poeta y Doctor de la Iglesia,
en Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. José Abad,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMXXIII